

Daniel Latorre hizo un gesto mohíno al contemplar el ambiente del viernes, vigésimo sexta jornada del mes de enero de 1624. Desde finales de diciembre los días habían sido claros y con un sol espléndido, con amaneceres fríos y heladas nocturnas acordes a la estación, pero con horas centrales radiantes y alegres. Por primera vez desde el inicio del invierno, alborecía fosco, con luz lóbrega y cielo muy nebuloso. Pero su visaje de desagrado y ademán de desencanto no se debían al aspecto desapacible del día. La noche había chaparreado un agua necesaria para la ciudad después de más de un mes sin llover, el aspecto del cielo amenazaba que volvería a hacerlo con intensidad y Daniel imaginó las calles embarradas y el camino de Valparaíso por el que tendría que transitar para llegar a la abadía del Monte Sacro. Se lamentó de la inutilidad del tiempo dedicado la tarde anterior a abetunar y cepillar sus botas altas de cordobán; de piel muy bien curtida de macho cabrío, las admiró lustrosas y brillantes y las imaginó llenas de barro en el momento que saliese a la calle. Una copla granadina que comenzaba a adquirir popularidad afirmaba que:

*Tres cosas hay en Granada
que duran el año entero:
nieve en Sierra Nevada,
arbol para la cara,
y en la calle Elvira, cieno.*

Pero el barro no se limitaba a la vieja rúa de Elvira, sino que era habitual en cualquier parte de la ciudad a poco que lloviese con cierta intensidad porque muy pocas eran las calles soladas; la mayoría carecían de aceras y su pavimento se mantenía descalabrado, repleto de hoyos llenos de agua y barro que enfangaban calzado y ropas de cualquier transeúnte. Las empedradas lo estaban con guijarros irregulares colocados con la base hacia abajo y las puntas hacia arriba, así dispuestos para desgastar menos las piedras aunque con ello se des-

trozaran los pies y calzados de los caminantes. Era ésta la razón por la que los señores acostumbraban a transitar a caballo, coche o silla de mano aunque el trayecto fuese corto.

Contrariado, decidió el atuendo con el que fue vistiéndose sin premura: blusón blanco, un colete de ante sin mangas ni aberturas a modo de chaleco sobre el que luciría una ropilla con brahones que sujetaban mangas sueltas ceñidas sobre los hombros; calzas cubriendo greguescos de terciopelo y las abillantadas botas altas de cordobán. Arreglado, se revisó contemplándose en la luna que adornaba la parte interior de la puerta del armario de su habitación. Salvo el blanco de la camisa, el resto de la ropa era negra, color al que se había acostumbrado desde su ingreso en el alguacilazgo de la ciudad y que había sido instaurado por el extinto monarca Felipe II; salvo un corto periodo de tiempo durante el reinado del tercer Felipe de los Austrias en el que habían predominado colores más alegres, el negro había vuelto a imponerse tras el ascenso al trono del actual monarca, el cuarto Felipe. Dejó para lo último un tahalí de ante adornado con incrustaciones de ámbar en el que portar un espadín y revisó la badana de su sombrero de ala ancha sin plumas. De cabeza bien proporcionada, con pelo cano, ojos glaucos¹ y nariz recta, su altura y, sobre todo, sus modales pausados le daban un aspecto envidiable a la vez que le procuraban frescura y lozanía a pesar de haber sobrepasado ya los sesenta y cinco años y haber dejado atrás viveza, gallardía, vigor y robustez. Al salir al zaguán, sacudió sus anchos greguescos con el sombrero y cubriéndose, se encaminó hacia el camino de Valparaíso, el monte situado al oriente de la ciudad y conocido desde hacía un cuarto de siglo como Monte Santo o Sacromonte, tras los hallazgos de reliquias y textos acaecidos durante el arzobispado de don Pedro de Castro.

Don Pedro de Castro Cabeza de Vaca y Quiñones, arzobispo de Granada durante veinte años, había fallecido el diecinueve de diciembre en Sevilla, cinco meses antes de convertirse en nonagenario y después de trece años de ejercer el arzobispado de la capital hispalense. Tras las pompas fúnebres con las que su cadáver fue homenajeado en la capilla de la Virgen de la Antigua de la catedral de su última sede episcopal, y de acuerdo a sus deseos testamentarios, sus restos, en féretro forrado en raso carmesí y tachonado de oro, habían

1. Verde claro.

sido trasladados a Granada para recibir sepultura en la abadía del Monte Sacro, fundada por él poco antes de su nombramiento como prelado de la ciudad de la Giralda. En el camino, recibieron solemnes honras en Écija, Antequera, Loja y Santa Fe, poblaciones por las que se efectuó el trayecto. El cabildo municipal de Granada recibió el féretro en el barrio extramuros de San Lázaro y en la Puerta de Elvira se descubrió el ataúd para desfilas por las calles granadinas hasta la catedral. Iba escoltado por una escuadra de caballería de cuarenta jinetes con caperuzas negras e idéntico número de colegiales con hachas de cera y a caballo. En la iglesia principal de Granada lo recibió, vestido de pontifical, el arzobispo Galcerán Albanell al frente del cabildo catedralicio. El féretro, a hombros de canónigos, fue llevado hasta un túmulo erigido frente al altar mayor. Al siguiente día se celebró misa solemne de cuerpo presente, con asistencia de Chancillería, Capitanía, Inquisición y Ayuntamiento, oficiada por Galcerán Albanell y realizando el duelo don Pedro Ávila Herrera, el abad del Monte Sacro. Tras la misa solemne, su cadáver fue llevado en procesión hasta la abadía.

A Daniel Latorre le fue imposible acudir a los actos programados por lo que se sentía obligado a la asistencia al entierro de don Pedro en Valparaíso. Tras discurrir por la calle del Darro y llegar a su ensanche final de la carrera, junto a la Puerta de Guadix, Daniel Latorre torció a la izquierda para ascender por la cuesta Blanca, la calle principal del barrio de la Albaida. Al llegar a la mitad de la empinada calle, al ensanche de la Puerta del Osario², lugar en el que se aforaba³ la harina procedente de la población de Guadix, torció a la derecha para comenzar a andar por el valle de Valparaíso. El camino, jalonado de pitas, nopales y chumberas, remontaba la margen derecha del Darro por encima de un tortuoso barranco poblado de árboles y matorrales y mostraba unas impresionantes vistas del paraje del Avellano, la dehesa del Generalife y la colina de la Sabika con las torres y murallas rojizas de la Alhambra —la fortaleza musulmana que albergó a la dinastía nazarí—, de la ciudad cristiana en el llano —en la que sobresalían las obras de construcción de la catedral— y del arrabal del Albaicín, el antiguo barrio mahometano en el que se perfilaban las copas

2. Actual Peso de la Harina. Al ensanche existente se le conoce así desde mediados del siglo XVII.

3. Determinar la cantidad y valor de los géneros o mercancías que haya en algún lugar, generalmente a fin de establecer el pago de derechos.

elevadas de cipreses de jardines y huertos, y los conventos y campanarios de iglesias, sustitutos de antiguos minaretes de mezquitas. Calma y sosiego dominaban el itinerario y lo convertían en un lugar privilegiado y habitual de peregrinación de devotos de los hallazgos sacromontanos. Esa mañana era abundante el número de ciudadanos que ascendía hacia la abadía, andando o utilizando todo tipo de vehículos, dispuestos a rendir el último homenaje al que había sido su pastor espiritual durante años. Algunos comerciantes, previendo la aglomeración, intentaron montar tenderetes provisionales para negociar con sus mercancías, pero los alguaciles municipales lo impidieron siguiendo instrucciones del cabildo de la ciudad, que a su vez respondía a la petición del arzobispado de evitar un mercadeo que parecía fuera de lugar. Solo se permitía trabajar a algunos aguadores que con sus acémilas cargadas con alcarrazas⁴, para conservar durante horas el frescor del líquido, vendían agua a precios desorbitados a los que la requerían.

—¡Agua! Agua fresca de la fuente del Avellano— escuchó Daniel a un azacán⁵ del barrio de San Lázaro que entonaba su pregón con voz melodiosa y tono preciosista para atraer clientes cuando llegaba a la altura de una cruz erigida por los ganapanes y palanquines⁶ de plaza Nueva y Bib-Rambla. Cientos de cruces de diferentes materiales, riqueza dispar y tamaño desigual, erigidas por gremios, pueblos, hermandades, poblaciones y particulares se habían levantado en el camino durante los últimos años para conmemorar el hallazgo en el lugar de las santas reliquias y de los libros de plomo. Las más admiradas eran las alzadas por los canteros de la Alhambra, la corporación de sastres y la del Ayuntamiento de Santa Fe, y la que más llamaba la atención era una de enorme tamaño, de alabastro y jaspe en cuyo pedestal se hacía referencia al gremio de sederos que la había mandado erigir en 1604, siendo sumo pontífice Clemente octavo y rey de España Felipe tercero.

—¡Vamos chavea, no te entretengas! —instó un padre a su hijo apremiándole para subir los últimos repechos que conducían a la abadía. Los comentarios de los viandantes se entremezclaban con los anuncios de los aguadores.

4. Vasijas de arcilla porosa.

5. Aguador.

6. Transportistas y recaderos.

— ¡Maldita sea! — se quejó una mujer humilde de mediana edad, levantando el puño de forma amenazante tras ser salpicada al pisar las ruedas de un carruaje el cenagal formado en un hoyo del camino por las lluvias de la noche anterior. El vehículo ascendía a velocidad inapropiada, sin miramiento alguno hacia los viandantes.

Al iniciar el ascenso de las populares *siete cuestras* que desembocaban en la abadía, el último trayecto del camino de Valparaíso, Daniel analizó las campanadas que se escuchaban en todo el valle procedentes de la espadaña de la iglesia. Tañían a difunto, recordando que alguien estaba de cuerpo presente, con un golpe de badajo melancólico, flemático y lento seguido por un silencio y después un toque producido por una segunda campana que parecía acelerar el ritmo, y de nuevo el tañido de la primera tras otro largo espacio de tiempo, acortando la espera de forma imperceptible y aumentando muy lentamente la cadencia hasta llegar a fundirse en un redoble lastimero que volvía a la regularidad lenta y lúgubre del principio. Cada repique parecía, más que un dulce sonido de bronce, una puñalada agresiva que abría una herida desgarradora similar al horrible alarido de una madre que ha perdido un hijo. Llevaban sonando así desde la llegada del cadáver de don Pedro al templo y seguirían haciéndolo hasta su entierro.

Un gentío se agolpaba a la entrada de la abadía aguardando para acceder a la iglesia donde se celebraría el funeral, y Daniel Latorre aguardó pacientemente para entrar en el templo. No había subido desde hacía años, posiblemente desde que don Pedro de Castro abandonase Granada tras ser nombrado arzobispo de Sevilla hacía ya catorce años. Admiró las obras realizadas en el conjunto monumental. Aunque la idea inicial diseñada por el propio don Pedro incluía la construcción de un templo, una residencia para canónigos y un colegio dedicado a san Dionisio Aeropagita, los trabajos se detuvieron tras la marcha del fundador a Sevilla y solo se habían completado la iglesia, una nave del colegio y uno de los cuatro claustros previstos. Don Pedro viajó en varias ocasiones desde Sevilla a Granada para vigilar y acelerar su avance. Las últimas ocasiones habían sido en 1618 para dar sepultura a los restos de sus padres, abuelo y hermano trasladados desde Valladolid, y en 1620 para asistir al entierro en la catedral granadina de Felipe de Tassis Acuña, arzobispo de la ciudad. Pero lo cierto es que desde su ausencia de Granada, apenas se adelantó en el proyecto abacial planeado.

El templo dedicado a la Asunción y proyectado con una única nave cubierta con bóvedas de cañón rematada en el crucero⁷, había sido construido sobre las cuevas en las que se habían hallado las santas reliquias de los Varones Apostólicos. Estaba a rebosar de gente cuando Daniel logró acceder a su interior. El retablo del altar mayor, en el que se esbozaban unas figuras que en poco tiempo representarían a los santos mártires, estaba sin finalizar. Se había retirado la andamiada con la que se trabajaba y junto al altar se había dispuesto el sitio del difunto arzobispo con una estropeada mitra y una casulla que le habían pertenecido. En el presbiterio estaban dispuestas unas cómodas poltronas de bajos brazos y tapizadas en rojo para uso del emisario regio don José de Arce y su dignísima esposa doña Catalina de Feloaga, del corregidor de la ciudad, don García Bravo de Acuña, del Capitán General del reino, don Íñigo López de Mendoza y de los procuradores de Castilla, don Francisco Maldonado de Zayas y don Antonio Torres Camargo, y del presidente de la Real Chancillería. Tras ellos, de pie y separados de los fieles por unas barandas, se dispondrían los caballeros veinticuatro⁸ del municipio, el rector de la Universidad, los alcaldes y oidores de corte y del crimen, los representantes de la Real Casa de la Moneda, de la Lonja de Mercaderes y de los Consejos de su Majestad, junto con algunos nobles y otros títulos de la ciudad. Más atrás los eclesiásticos con sus dignidades al frente, sacerdotes, frailes, seminaristas y postulantes al sacerdocio. El resto de la iglesia daba cabida a un elevado número de asistentes. Ninguno de los prohombres granadinos se ataviaba con gorguera, pues había sido prohibida hacía un año por el nuevo monarca, el cuarto Felipe, que pensaba que su excesivo tamaño llegaba a ocultar parte del rostro de sus usuarios; a lo máximo se atrevían a usar golilla o valona. Un túmulo cubierto de terciopelo negro estaba dispuesto en el centro del crucero con la inscripción *Pro túmulo ponas Orben; pro tegmine Caelum, Sidera pro facibus; pro lachrimis Maria*⁹.

La ceremonia se inició con una procesión que desde la sacristía accedió a la iglesia encabezada por el abad del Monte Sacro, don Pedro Ávila Herrera, seguido por los prebendados Martín Vázquez

7. En la actualidad, y desde el siglo XVIII, dispone de nave central y dos laterales.

8. Regidor, concejal por ser ese número quienes constituían el gobierno municipal.

9. Pon por túmulo el orbe, el cielo por remate, por hachas las estrellas, por lágrimas los mares.

de Peralta y Gaspar de Salcedo y Quijada, y el resto de los canónigos del Monte Sacro. El féretro era portado a hombros de alumnos del colegio de San Dionisio Aeropagita y tras él iba el arzobispo don Galcerán Albanell revestido con alba, estola, sobrepelliz y dalmática. Todos caminaban con modesta compostura, gravedad pausada y edificativo silencio. Los colegiales colocaron el ataúd sobre el túmulo central, los canónigos ocuparon la sillería del coro del templo y el arzobispo ofició la santa misa bajo el rito mozárabe según la tradición de la liturgia hispánica encontrada años atrás en la archidiócesis de Toledo.

Finalizada la solemne eucaristía, el secretario del difunto hizo entrega al abad del Sacro Monte de todos los legajos, documentos, carpetas y enseres procedentes de Sevilla que Pedro de Castro había testamentado para que fuesen archivados en la abadía. El prior Ávila Herrera los recibió y manifestó que serían guardados en un armario de la biblioteca provisto de cuatro cerraduras cuyas llaves quedarían en custodia de él mismo, del arzobispo granadino, del Ayuntamiento —como representante del pueblo— y del presidente de la Real Chancillería como comisionado del rey de España.

El cadáver de don Pedro de Castro fue depositado con la misma solemnidad con la que se había desarrollado toda la ceremonia, en la capilla situada a la derecha del altar mayor, en un panteón que contenía dos cajas de plomo con los restos de don Cristóbal Vaca de Castro y doña María Magdalena de Quiñones, padres del difunto, y los despojos de don García Vaca de Castro y don Antonio Vaca de Castro, abuelo y hermano del fundador de la abadía, trasladados desde su depósito en Valladolid hasta el Sacro Monte seis años antes. Junto a un atril, se había colocado un retrato de don Pedro realizado veinte años antes por Javier Carmona López —uno de los mejores pintores granadinos de su tiempo— junto a un dibujo trazado por Juan García Pedraza —el mejor artista en la actualidad— del proyecto que en los próximos meses se desarrollaría para erigir el mausoleo que presidiría la tumba del fundador de la abadía: una estatua de alabastro de don Pedro, de cuerpo entero y en posición orante, de rodillas sobre un sitial de piedra negra con almohadas de piedra blanca. Durante los dos siguientes meses, se celebrarían honras fúnebres en honor del difunto, cada día en uno de los muchos conventos y parroquias de la ciudad para permitir que los vecinos de todos los barrios granadinos rindiesen homenaje a quien se consideraba, hasta el momento, el mejor pastor de la archidiócesis granadina.

Mientras la mayoría de los asistentes buscaba las puertas de salida del templo en donde varias decenas de indigentes aguardaban la munificencia de las autoridades y nobles reunidos para un acto tan señalado, Daniel Latorre buscó en el claustro a algunos conocidos a los que había visto durante la ceremonia con la intención de saludarles. Admiraba las galerías con sus veinticinco arcos de piedra decorados con el escudo de don Pedro de Castro y el sigilo de Salomón o estrella de David, símbolo emblemático de la institución, cuando el saludo a sus espaldas de una voz que creyó reconocer, requirió su atención:

—Buenos días, don Daniel.

Daniel se volvió y contempló la figura de Justino Antolínez de Burgos. Iba ataviado con una loba negra y muceta de idéntico color que le cubría pecho y espalda, habitual de los doctores y licenciados en el colegio de San Dionisio de Aeropagita. Completaba su atuendo un bonete usado por los profesores y alumnos de la abadía del Monte Sacro.

—Me alegra volver a encontrarle después de tantos años —continuó Justino Antolínez—. Veo que tiene vusted un aspecto magnífico y que se conserva igual de fresco que cuando nos conocimos.

Daniel dio un paso hacia él, dobló el espinazo y extendiendo su brazo derecho como barriendo el suelo con su sombrero, realizó un ostentoso saludo. Justino, para responder, se llevó su mano derecha al pecho e inclinó la cabeza extendiendo después la mano para que Daniel hiciese el amago de besarla como fórmula de cortesía.

—Han pasado ya muchos años desde entonces y me alegra que piense así. Los dos, afortunadamente, hemos envejecido, lo que no todos pueden decir, pues algunos no tienen esa oportunidad, ilustrísima —respondió Daniel estrechando la mano del eclesiástico sin realizar ademán de besarla.

—Me aplica vuesa merced un tratamiento que no merezco —respondió Justino sin poder evitar reflejar en su cara triste y pálida el gesto de contrariedad ante lo que consideró una insolencia de Daniel al limitarse a estrechar su mano.

—En los mentideros granadinos se comenta que va ser vusted nombrado obispo de Tortosa —respondió Daniel percatándose del visaje de desagrado de Justino.

Coetáneo de Daniel Latorre, Justino Antolínez era de origen vallisoletano e hijo del regidor de la ciudad, progenitor de catorce retoños

de los que más de media docena habían seguido carrera eclesiástica, llegando dos de ellos a ser obispos, uno en Ciudad Rodrigo y otro en Santiago de Compostela. Justino había sido la mano derecha y el hombre de confianza del difunto Pedro de Castro desde que, tras conseguir el grado de bachiller en Leyes y ordenado sacerdote, entró a su servicio como capellán cuando Castro era presidente de la Real Chancillería de Valladolid. A instancias de don Pedro ingresó como abogado del alto tribunal y fue elegido como su jurisconsulto de cámara cuando no había cumplido aún los treinta años. Acompañó a Granada a Pedro de Castro cuando fue nombrado arzobispo y ocupó sucesivamente los cargos de provisor y vicario general del arzobispado, profesor y catedrático de derecho canónico de la universidad, alcalde de hijosdalgo de la Real Chancillería, capellán real, canónigo de la catedral, arcediano, abad del Monte Sacro y deán de la catedral granadina, puesto que abandonó para acompañar a Castro a Sevilla como tesorero de la catedral hispalense, aunque siguiese relacionado con Granada como gobernador de la abadía del Sacro Monte.

—Es posible, don Daniel, pero aún no se ha hecho efectivo. No haga vusted caso de los comentarios producidos en donde se reúne gente ociosa que no tiene otra cosa más que rumorear. Ya sabe vuesa merced que en Granada cualquier cuchicheo se convierte fácilmente en noticia aunque sea una patraña. Veo que porta voacé uno de sus espadines.

—Espero que no le moleste. Recordad que, aunque retirado del servicio activo, aún ostento el cargo de barrachel, el de jefe de alguaciles, y que dichos oficiales están autorizados a portar espada en lugar sagrado. Os aseguro además, ilustrísima —remachó Daniel en el tratamiento intuyendo que el comentario sobre su atuendo derivaba de lo que el eclesiástico consideró una descortesía en el momento de saludarse— que es una prenda de uniforme y que no ha sido desenvainada en años, por lo que es posible que incluso esté oxidada. ¿Y vuestro hermano, don Justino? —preguntó Daniel intentando ser amable con el clérigo. Almerique Antolínez, presbítero y provisor de la catedral, residente también en Granada, había intervenido con su hermano en todos los trabajos relacionados con los hallazgos del Monte Sacro, motivo que había relacionado veinticinco años antes a Justino Antolínez y Daniel Latorre.

—Almerique murió hace unos años —respondió Justino agradeciendo el interés mostrado por Daniel—. Pensándolo bien —continuó

el hombre tras unos momentos de duda —, con el fallecimiento de don Pedro creo que solo quedamos vusted, el fiscal don Gregorio López Madera y yo de todos los participantes de aquella historia que nos unió hace más de un cuarto de siglo.

—Es cierto, don Justino. Falleció el rey Felipe *el Prudente* —admitió el barrachel de alguaciles—, que tuvo su intervención indirecta en todo el asunto expulsando a miles de granadinos de su tierra natal y desperdigándolos por los reinos de España. Y murió su hijo, el tercer Felipe de la dinastía de los Austria, que deportó a todos los descendientes de musulmanes de los reinos de España, siempre sospechosos y tachados de falsos conversos. Lo que no parece haber acabado es la historia que nos relacionó a vuesarced y a mí. Queda presente en este lugar, conocido antes como Valparaíso y ahora como el Monte Santo, y en esta abadía inconclusa que solo Dios sabe si perdurará.

—Se empeña vuesa merced en relacionar aquellas muertes que investigó con los hallazgos del Monte Santo. Fue coincidencia que ocurriesen al mismo tiempo, pero poco o nada tuvieron de relación. Don Pedro ordenó construir esta abadía como símbolo de la presencia de la fe cristiana en estas tierras cuando pertenecían a la Roma gobernada por el emperador Nerón, y como expresión de respeto hacia los mártires cristianos perseguidos e inmolados en este lugar.

—Las muertes que investigué no fueron ficticias, ocurrieron por una causa que vuesarced y yo conocemos perfectamente. Para la justicia el asunto quedó zanjado pero se asegura que todo policia tiene un misterio que resolver, y lo que a vusted y a mí nos unió, es el mío. Es posible que este templo y colegio levantado —Daniel Latorre volvió a inspeccionar la magnificencia de lo construido y recordó haber oído que el arzobispo Castro había gastado su fortuna personal, más de seiscientos mil ducados en las obras— se conviertan en un lugar de estudio y cultivo de la fe católica, pero vuestra ilustrísima, al igual que yo, sabe que todo se sustenta sobre una quimera, una ficción inventada que nunca existió, para dar a esta ciudad un pasado cristiano que atenuase su historia islámica y la enalteciera entre las demás ciudades hispánicas.

—Desde hace años el catolicismo está en peligro por los ataques que recibe de norteafricanos y turcos, y por los seguidores cristianos de Lutero, Calvino o Enrique de Inglaterra. Musulmanes, luteranos, calvinistas y anglicanos desean destruir la obra que durante siglos y con mucho esfuerzo, Roma ha conseguido levantar y mantener. Don

Pedro quiso que Granada se convirtiese en una ciudad santa que pudiese competir con Toledo como sede primada de los reinos hispánicos —replicó Justino Antolínez—. E incluso con Compostela, que alberga la tumba del apóstol Santiago, y con Zaragoza, lugar de aparición de la Virgen María. No se equivoque vuesa merced, que todo puede llegar, y las generaciones futuras podrán ver la ilusión y el anhelo del arzobispo Castro.

—Los hechos que a voacé y a mí nos relacionaron hace más de un cuarto de siglo tienen que ver con esta abadía. Roma lleva pidiendo desde hace años los medallones de plomo encontrados, lo que los eclesiásticos han llamado libros plúmbeos. Hasta ahora no lo ha conseguido porque vivía don Pedro y gozaba del favor real. Ahora, tras su muerte, tendrán que ser enviados, pues no creo que el actual rey, don Felipe IV, apoye los hallazgos como lo hicieron su abuelo y su padre. El asunto pasará a las altas jerarquías eclesiásticas y escapará de las manos de la diócesis granadina. Que esta fundación perdure o no dependerá de los dictámenes de la Santa Sede, no de los deseos de su fundador.

—No esté vuesarced tan convencido de ello. Don Gaspar de Guzmán, duque de Olivares y valido de don Felipe ha comunicado al cabildo municipal un próximo periplo del monarca al reino de Granada. Entre febrero y mayo, el rey viajará acompañado de su hermano Carlos y de su joven esposa Isabel de Borbón por los reinos de Jaén, Sevilla, Córdoba y Granada. El objetivo del viaje no es otro que servir de entretenimiento a nuestro monarca y el de recaudar fondos y obtener regalos de las ciudades visitadas que permitan mantener los fastuosos gastos de la corte madrileña. Está previsto que esté en Málaga a finales de marzo y llegue a nuestra ciudad hacia el día ocho de abril, que es miércoles de la Semana Santa. Se nos ha asegurado que permanecerá en Granada entre ocho o diez días. El cabildo de la abadía de la que soy gobernador tiene preparados unos buenos presentes que serán del agrado del monarca, así como la celebración de unos actos religiosos propios del septenario mayor de la cristiandad, la Semana de Pasión. Incluso hemos previsto que si su visita se adelantara algunos días, contemple desde este paraje el eclipse de luna que se espera para el tres de abril. El lugar es idóneo para observar un fenómeno astronómico a los que tan aficionado es don Felipe. Nuestro actual rey, al igual que su abuelo, será un buen defensor de la causa sacromontana, y prueba de ello es que ha expresado su deseo de ser él quien selle la losa del panteón de don Pedro en señal de homenaje a su

persona y en agradecimiento por su defensa en la doctrina de la Inmaculada Concepción¹⁰. Y ahora, don Daniel, le ruego me disculpe pues debo atender a otros asistentes a esta ceremonia — se excusó Justino Antolínez mirando a su alrededor, saludando con la cabeza a varios de los que se le acercaban, al tiempo que volvía a extender su mano derecha para que Daniel Latorre la besara aunque éste se limitó, de nuevo, a estrechársela. Después de tantos años, más de tres lustros, el reencuentro había quedado limitado a un frío saludo, un movimiento cortés con la cabeza, dos o tres frases de cortesía y una conversación corta, tensa y plagada de reproches recíprocos.

Daniel vio que Justino se acercaba a otros grupos de tertulianos y charlaba animadamente con ellos. Consideró llegado el momento de abandonar el lugar y se encaminó a la salida del claustro, para dirigirse hacia la ciudad. Bajando hacia ella, al doblar un recodo, Daniel se encontró con un chiquillo astroso de tez morena, pelo ensortijado, con un ojo nublado, churretes en la cara, calzas tiñosas, pies descalzos y cubierto con un chaquetón roto. Del cuello le colgaba un bote de hojalata que acercaba a los viandantes pidiendo limosna.

— ¡Por caridad, señor! Una limosna por favor.

En el arcén del camino una vieja espulgaba a un crío que, tumbado en el suelo y mordisqueando un mendrugo de pan, acariciaba a un cachorro de perro mientras la mujer se afanaba en despiojarle la cabeza. Sus ropas, aunque desgastadas, no mostraban jirones ni aparecían sucias, por lo que Daniel supuso que eran humildes pero no miserables. Cerca de ellos, otros dos muchachos se entretenían jugando a los dados mientras un tercer chiquillo los contemplaba mordiendo una manzana y, a sus pies, un pequeño perro esperaba ávido la caída de alguna migaja de la fruta.

Los reinos de España habían sufrido una descomposición interna con la llegada al trono del tercero de los Felipe de Austria y la situación se acentuaba cada mes que pasaba desde que se inició reinando Felipe IV. El emperador Carlos había inspirado entusiasmo a los españoles; su hijo, el segundo Felipe, respeto. El tercer Felipe, indiferencia. El escaso tiempo que llevaba hasta ahora en el trono Felipe IV solo infundía una leve simpatía. ¿Qué ocurriría con el paso de los

10. Fue declarada Dogma de Fe por la bula *Ineffabilis Deus* el 8 de diciembre de 1854 por Pío IX.

años? Lo cierto era que cada día se consumaba la pérdida de la supremacía del imperio que gobernó Felipe II y la miseria se hacía habitual en grandes núcleos de población, malos síntomas de la monarquía que aún se enseñoreaba por medio mundo, en Europa, América y Asia. La potencia mundial que compitió con Francia, Inglaterra y el imperio otomano, que presumió que en sus dominios nunca se ponía el sol, que dominó las rutas comerciales marítimas del Atlántico —entre España y las Indias— y el Pacífico —entre Méjico y el Asia oriental, vía Filipinas— llevaba años viniéndose abajo. Vivía por encima de sus posibilidades. Los tesoros de las Indias parecían enriquecer y sin embargo cada vez España era más pobre por el empeño de los reyes en que siguiera siendo la salvaguarda de la cristiandad y la defensa espiritual de Europa. Los españoles llevaban años guerreando en medio mundo, desde las Indias a las Filipinas pasando por Europa y el norte de África, en ríos tan dispares como el Danubio o el Amazonas. Y todo, ¿para qué? El reino era una ruina, una locura que poco a poco se hundía más. Los tres últimos reyes, los «Felipes», llevaban años arruinando al imperio heredado de su padre, abuelo y bisabuelo en guerras estériles contra turcos y protestantes, queriendo imponer un catolicismo no deseado en muchos de sus territorios. Sin tantas guerras que mantener, el reino hubiera prosperado adecuadamente y sin embargo, España era una tierra que contaba con mucha gente ociosa y holgazana entre aristócratas, hidalgos, eclesiásticos, pícaros, granujas, trotamundos y mendigos. Al final del reinado de Felipe II, gente llana, hidalgos modestos e individuos de origen humilde pero inteligentes ocuparon algunos puestos de cierta importancia en la milicia, en la diplomacia, en la administración y en el estamento religioso, pero seguían siendo las familias nobles las dueñas del reino, las que ocupaban los sillones de los consejos de los altos mandos militares y los principales cargos de la administración, llenas de duques, marqueses, condes o sus familiares. Hombres oscuros vestidos de negro con todos los resortes del poder a su alcance.

A los españoles les dominaba cada vez más la picaresca, la malicia, el rufianeo y un desolador pesimismo con desvalorización de las virtudes que habían llevado a la conquista de medio mundo. Abundaban los menesterosos y necesitados, obligados a mendigar las migajas y las sobras de los poderosos, mientras la mayoría de la sociedad se refugiaba en la religión, en las iglesias y conventos, en las visiones y profecías. Las calles de las ciudades estaban llenas de gentes escarbando entre las basuras de los demás, buscando restos de comida que

llevarse a la boca. Niños descalzos de caras sucias y cabezas rapadas cubiertas de costras tiñosas perseguían a viandantes intentando estimular la caridad de los demás, mientras viudas enlutadas con criaturas colgando de pechos flácidos y reseco mendigaban a las puertas de las iglesias. La picaresca no era solo el refugio de los necesitados. En todos los lugares donde había poder, ya fuese judicial, militar, eclesiástico o municipal, una turba de buscavidas y fantasmones acudía a diario en busca de favores y mamandurrias.

Daniel contempló al desarrapado y sintió lástima, aunque sabía que el aspecto había sido ideado por el crío o sus familiares para hacer sentir piedad. El arte de la pedigüeñería alcanzaba la perfección en los reinos hispánicos. Teniendo en cuenta que hombres y mujeres de la más alta alcurnia pasaban su vida mendigando mercedes a alguien más poderoso que ellos y que los nobles no cejaban en su empeño hasta conseguir gracias y dádivas del soberano, ¿qué no harían los miserables para conseguir algún dinero y poder? Echó mano a la faltriquera y extrajo unas monedas que depositó en el bote de hojalata del muchacho.

— ¡Gracias, señor! — y el crío buscó otro transeúnte para mendigar.

Daniel volvió la vista para contemplar el conjunto monumental elevado en Valparaíso. Lo construido y lo que aún faltaba. Se asegura que el hombre testimonia su religiosidad construyendo grandes templos para gloria de Dios, aunque Daniel siempre había sospechado que también se realizaban por vanidad del constructor y promotor. ¿Se hacía para gloria de Dios o para la de los hombres? ¿Cómo se podía gastar una fortuna de tal magnitud en los tiempos que corrían? Daniel pensaba que alguien debía escribir lo que había ocurrido esos años atrás, aunque seguramente en un futuro nadie lo recordara por no ser parte de la historia oficial, la que perdura por ser escrita por los cronistas. Pero, ¿quién haría saber lo ocurrido a la gente común, a los que nunca eran conocidos por las futuras generaciones porque se limitaban a vivir sin realizar acontecimientos importantes que mereciesen ser recordados? La historia se escribe con los hechos dignos de memoria y se consignan sucesos políticos, sociales o económicos que afectan a un pueblo o a un reino, pero no suele recoger las vivencias de los que, aún siendo protagonistas de ellos, son solo personajes secundarios o anónimos que interesan a pocos. Lo cotidiano no suele interesar, al igual que ocurre con las buenas noticias de las que nadie se ocupa; siempre se recuerda más la tragedia que la placidez. Y mientras se encaminaba hacia su domicilio, pensaba en

qué podía hacer a sus sesenta y cinco años de edad, medio jubilado y sin nadie que le aguardase. No tenía hijos, por lo que carecía de la sensación de persistencia que tienen los padres viéndose reflejados en sus descendientes cuando sienten llegar la hora de su final. De la época en la que le había tocado vivir la historia tal vez recogiera la vida de don Pedro de Castro, los hallazgos de Valparaíso y la fundación de la Abadía del Monte Sacro. Pero, ¿y los que provocaron los descubrimientos y fueron los causantes del origen de todo? ¿Llegaría algún día a conocerse la verdad? ¿Podría él dejar constancia de esos hechos? ¿Tendría arte para relatar? ¿Y los conocimientos y el tiempo suficiente para hacerlo? Pensó que él tampoco era el poseedor de todas las evidencias, pero sí podría dar un punto de vista distinto, tal vez complementario y quizás más preciso de los que las crónicas dirían en un futuro sobre las circunstancias que rodearon la vida del décimo prelado de la archidiócesis granadina. Tal vez su relato no fuese más que una forma de envanecimiento personal, pero también podría ser esa prolongación de su existencia cuyo final, más temprano que tarde, llegaría algún día.

Al entrar en su casa se encaminó directamente a la biblioteca. La casona en la que desde hace años vivía en soledad era lo suficientemente grande para haber dedicado una estancia —la más amplia e iluminada, orientada al sur y con ventanas a la calle que le daban luz natural durante más horas— a llenarla de estanterías y colmarla de libros con cientos de ejemplares de todo tipo de género literario —dramático, lírico, narrativo, en prosa, en verso, biografías, tratados, crónicas, ensayo— que saciaban su afición por la lectura y el conocimiento, heredada de su abuelo materno Mateo y acrecentada por sus maestros en el hospicio, don Francisco Pérez Blanco y don David Mingorance Martín. En esa habitación se sentía alguien extraño al mundo que le rodeaba en el que dominaba el analfabetismo, la ignorancia y la intolerancia de la época y tierra que le había tocado vivir. Disponía además de un escritorio —de tapa inclinada con papelera y múltiples gavetas— situado junto a un ventanal, un cómodo sillón junto a la escribanía y de un par de butacones para leer. Una alcatifa¹¹ de lana hacía agradable la permanencia en la habitación durante los fríos días del invierno. A lo largo de su vida había adquirido ejemplares profanos y religiosos, permitidos y prohibidos por el Santo Oficio,

11. Alfombra fina.

que le habían hecho las muchas noches de insomnio más cortas y los escasos días de ocio más apasionantes. Comenzó a buscar y encontró la *Eneida* de Publio Virgilio Marón junto a un ejemplar de *Farsa del obispo don Gonzalo y los hidalgos de Jaén y celos del rey de Granada y victoria de Reduan*, escrito por el recientemente fallecido Francisco de la Cueva del que se aseguraba había sido envenenado por su enemistad con el conde-duque de Olivares. Se preguntó cuándo ordenaría los ejemplares de alguna forma para permitir un rastreo más fácil. Encontró tomos cubiertos de polvo por no haber sido releídos últimamente y otros olvidados por el paso de años desde su adquisición. Apartó los ejemplares de Jorge Manrique, del Marqués de Santillana, la *Tragicomedia de Calixto y Melibea* de Fernando de Rojas, *Las obras de Boscán y algunas de Garcilazo de la Vega repartidas en cuatro libros*, editado en Barcelona por Carles Amorós en 1543, una de las primeras ediciones de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes al lado de la segunda parte publicada en 1615. Se animó cuando en uno de los estantes más altos encontró la *Crónica de los moros en España*, del dominico valenciano Jaime de Bleda editado en 1618, junto a *Justa expulsión de los moriscos de España* de 1611 de Damián Fonseca, dominico portugués afincado en Valencia, y la *Expulsión justificada de los moriscos españoles* del teólogo oscense Pedro Aznar Cardona, editada en 1612. Dispuso los tres ejemplares en una de las mesas auxiliares y siguió escrutando los anaqueles, sabedor de que en el mismo estante o en uno cercano encontrarían los ejemplares que deseaba. Y no se equivocó. Junto a varias tragedias de Esquilo, *La Iliada* de Homero y algunos dramas de Sófocles, halló *Rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada* de Luis del Mármol Carvajal editado en Málaga en 1600, la *Historia de las guerras civiles de Granada*, en una edición aparecida en Cuenca en 1619 de Ginés Pérez de Hita, con sus dos partes —la primera titulada *Historia de los bandos de los zegríes y abencerrajes, caballeros moros de Granada, de las civiles guerras que hubo en ella hasta que el rey don Fernando el quinto la ganó*, y la segunda en la que escribió el cronista al servicio del marqués de los Vélez y recogía el levantamiento morisco de las Alpujarras—, y un hológrafo¹² comprado hacía años a un librero de la calle Cobertizo de Santo Domingo de la *Guerra de Granada* de Diego Hurtado de Mendoza,

12. Escrito de mano de autor, autógrafo.

libro pendiente de ser editado pero del que aún circulaban algunos manuscritos por Granada.

Daniel Latorre se acomodó lo mejor que pudo, desechó por el momento los libros colocados sobre la mesa auxiliar, los escritos por los dominicos y el teólogo oscense, y se dispuso a leer el original de Diego Hurtado de Mendoza, con la idea de continuar con la obra de Ginés Pérez de Hita y la de Luis del Mármol Carvajal. Era poco más de mediodía, no tenía hambre aún para comer y podía releer durante un tiempo. Y recordó el consejo de su maestro en el hospicio, don Francisco Pérez Blanco, y su instructor en la Alguacilía del Crimen, don Francisco Garófano Sánchez: «Los libros están llenos de consejos, enseñanzas e información. Es fallo nuestro si no los leemos y desaprovechamos la sabiduría que encierran».

Cuando finalizó su lectura fue consciente de que había pasado casi un día entero enfrascado, sin descansar salvo para acudir al retrete en un par de ocasiones y encender las candelas que, junto a diferentes espejos, daban una adecuada y cómoda luz a la habitación para leer por las noches. Decidió bajar a la cocina, preparar un refrigerio para reparar fuerzas y retornar a la biblioteca. Se sentó en el escritorio y de la gaveta superior extrajo un recado de escribir de plata compuesto de tintero con tapón de corcho, palillero, plumillas y salvadera. Comprobó que el frasco estuviera lleno de tinta, que la salvadera dispusiera de arena para secar lo escrito, limpió los gavilanes de una plumilla y la afiló con una lija de grano fino. De la papelería del escritorio extrajo una resma de papel de vitela¹³ que alisó con una piedra de ágata y cortó un pliego. Mojó la plumilla en el tintero, miró el cielo granadino por el ventanal y comprobó que habían pasado al menos dos horas desde la amanecida. El día prometía luminosidad con un cielo calmo y de color cerúleo, el azul semiclaro de saturación intensa muy propio de los días despejados granadinos. Y en su memoria aparecieron tenues días sin sobresalto de su infancia y noches con la puerta de su cuarto entreabierta vislumbrando el titilar de la luz de las velas de la habitación de sus padres, aguardando la llegada del sueño mientras oía los comentarios de sus progenitores sobre el transcurso del día pasado. Buscó inspiración y comenzó a escribir.

13. El liso y sin grano, de gran calidad, cuya superficie permite la reproducción detallada de los dibujos más finos.

Quimeras de plomo

«Debo advertir al iniciar mi relato que no espero recompensa alguna. Si intereso con mi redacción a muchos, me alegraré; si a pocos, me daré por satisfecho, y si a nadie, no me importará el trabajo realizado, pues no tengo otra cosa mejor que hacer ahora que siento llegar el ocaso de mi vida e imagino un final en breve aunque aún los achaques no me desconsuelen ni me abrumen...».